

Fantasmagoria

Antología compilada por
Darío Vilas



tombooktu.com

www.facebook.com/tombooktu

www.tombooktu.blogspot.com

www.twitter.com/tombooktu

#fantasmagoria

Colección: Tombooktu Narrativa
www.narrativa.tombooktu.com
www.tombooktu.com

Tombooktu es una marca de Ediciones Nowtilus:
www.nowtilus.com
Si eres escritor contacta con Tombooktu:
www.facebook.com/editortombooktu

Título: *Fantasmagoria*

Autor: © José Luis Cantos, © Elena Montagud, © Ignacio Cid Hermoso, © Francisco Miguel Espinosa, © Darío Vilas, © Jesús Cañadas, © Miguel Aguerralde, © Javier Cosnava, © Javier Pellicer, © Ivan Mourin, © Daniel P. Espinosa, © Juan Ángel Laguna Edroso, © Javier Trescuadras, © David Marugán, © Luisa Fernández.

Maquetación: Emiliano Molina (www.taskforsome.com)
Responsable editorial: Isabel López-Ayllón Martínez

Copyright de la presente edición en lengua castellana:
© 2013 Ediciones Nowtilus S. L.
Doña Juana de Castilla 44, 3º C, 28027, Madrid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN Papel: 978-84-15747-30-7
ISBN Impresión bajo demanda: 978-84-9967-489-6
ISBN Digital: 978-84-9967-490-2
Fecha de publicación: Abril 2013

Impreso en España
Imprime: Servicepoint
Depósito legal: M-7985-2013

Índice

Creer para ver	9
Introducción	13
El columpio	
José Luis Cantos.	17
Aliud	
Elena Montagud.	39
Caramelitos de fresa	
Ignacio Cid Hermoso.	49
Chamberí	
Francisco Miguel Espinosa.	63
Desahucio	
Darío Vilas.	87
El más solitario de los números	
Jesús Cañadas.	95
El recipiente	
Miguel Aguerralde.	109

Flores suicidas	
Javier Cosnava	133
Incoloro	
Javier Pellicer	147
Juego de niños	
Ivan Mourin	161
Lo que Swedenborg no dijo	
Daniel P. Espinosa	175
Ludimila	
Juan Ángel Laguna Edroso	193
Ojos de muñeca	
Javier Trescuadras	205
Sabe nuestros nombres	
David Marugán	211
Una vieja canción de blues	
Luisa Fernández	229

Crear para ver

¿Qué es un fantasma?

Sin duda, las respuestas a esta pregunta pueden ser muy diversas. Probablemente, tanto como lectores estén dispuestos a responderla. Para algunos, un fantasma será esa amenaza antigua que recorre los amplios salones de una casa abandonada. Para otros, quizá ese grifo que deja el agua correr en mitad de la noche, sin que nadie lo haya abierto previamente. También los habrá que piensen en el marco de ese cuadro que, desde aquella estúpida sesión de ouija de hace varias noches, aparece torcido en la pared cada mañana. O, ¿por qué no?, esa presencia que parece rozarnos el vello de la nuca justo en estos momentos. Mientras leemos estas líneas.

En mi caso, lo que la pregunta evoca no es sino un recuerdo. Una vieja casete, a decir verdad. Un objeto de otros tiempos, sin duda más permeables e inocentes que estos que nos ha tocado vivir. La recibí como un secreto inconfesable que, por alguna razón, alguien hubiera decidido confiarme. «Es la de las psicofonías», me dijo. Y el corazón se me aceleró, por supuesto. Se me aceleró como solo podía ocurrir en otras edades y otros tiempos menos inmediatos que este. Por fin iba a escuchar las famosas grabaciones de las que se hablaba incluso en los medios de comunicación. Al fin iba a escuchar la voz de un fantasma.

Por desgracia, con el tiempo se probó que las famosas psicofonías del Palacio de Linares habían resultado ser tan solo un fraude. Sin embargo, a día de hoy, todavía conservo el recuerdo vívido de aquel momento de excitación, cuando introduje la casete en el reproductor y le di al botón de play. Cuando la suciedad del sonido me hizo subir el volumen, con el pulso encogido. Y cuando, por fin, la estática se desplegó igual que un telón, para dar paso a algo: una voz femenina, profunda, casi ahogada, que desde algún lugar incierto clamaba que jamás había oído a su hija Raimunda decir «mamá».

Dicen que hay que ver para creer, pero mucho me temo que los términos se invierten en esa tierra de nadie que habitan las almas en pena. No cree quien ve, sino más bien al revés: ve quien cree. Y la literatura y el cine han cultivado a lo largo de la historia un fértil campo de historias en las que creer y, por tanto, en las que ver. Desde los cuentos de espíritus relatados a sovoz a la luz de la lumbre hasta los fantasmas de Hideo Nakata, que usan las nuevas tecnologías para manifestarse. Desde aquel miserere sobrenatural que se oía en la abadía derruida de la leyenda de Bécquer hasta los fantasmas que habitaban el hotel Overlook en la novela *El resplandor*, de Stephen King. Desde los espíritus reales o imaginados de la novela *Otra vuelta de tuerca* hasta los espíritus reales o imaginados de la película *Los otros*.

Con *Fantasmagoria*, la antología coordinada por Darío Vilas y editada por la editorial Tombooktu, los lectores encontrarán una nueva «vuelta de tuerca» (valga el chiste fácil) a esta larga y fructífera tradición fantasmagórica. Gracias a la colaboración de algunas de las plumas más destacadas del terror español, los relatos que pueblan este volumen retoman con algo más que dignidad el testigo y se marcan un objetivo tan ambicioso como honesto. Un objetivo que, sin duda, cumplen con creces: conseguir que el lector crea para que, en última instancia, vea. Así pues, sin más preámbulos, acomódense en su sillón favorito y zambúllanse en estas páginas.

Dejen que la suciedad del sonido los envuelva. Observen cómo el telón de la estática se despliega ante sus ojos.

Prepárense para creer.

Prepárense para ver.

Javier Quevedo Puchal

Introducción

Fantasma

1. m. Imagen de un objeto que queda impresa en la fantasía.

2. m. Visión quimérica como la que se da en los sueños o en las figuraciones de la imaginación.

3. m. Imagen de una persona muerta que, según algunos, se aparece a los vivos.

4. m. Espantajo o persona disfrazada que sale por la noche para asustar a la gente. Era u. t. c. f.

5. m. Persona envanecida y presuntuosa.

6. m. Amenaza de un riesgo inminente o temor de que sobrevenga. *El fantasma de la sequía.*

7. m. Aquello que es inexistente o falso. U. en apos. *Una venta fantasma. Un éxito fantasma.*

8. m. Población no habitada. U. en apos. *Ciudad, pueblo fantasma.*

Estas son, según el diccionario de la Real Academia de la Lengua Española, las posibles definiciones de «fantasma». Como autor, siempre intento explorar más allá de las interpretaciones convencionales de cada tema que pretendo abordar, sobre todo si estamos hablando de una criatura fantástica, como es el caso del leitmotiv del tomo que tienes entre manos, estimado lector.

Otra de las definiciones que más me gustan de «fantasma» es la que aparece en muchos manuales de parapsicología: «error de percepción». A partir de esa premisa, las posibilidades a la hora de encarar historias de entes o apariciones son infinitas, se prestan a cualquier interpretación posible. Es la que más me inspira porque, como profesional de la creatividad, me ofrece de margen todo lo que mi imaginación pueda abarcar.

Hasta la fecha hemos visto, leído y escuchado infinidad de historias de fantasmas. Películas, novelas, leyendas populares o simples anécdotas familiares que versan sobre ellos. A la hora de abordar una nueva antología de cuentos sobre la temática, lo último que me interesaba era repetir patrones. Más bien me movía el espíritu de saber qué representaba la figura del fantasma para un puñado diverso y heterogéneo de autores de terror contemporáneos a los que les venía siguiendo la pista desde hacía tiempo.

La respuesta por parte de este sensacional grupo de escritores superó con creces mis expectativas. No sólo me encontré con relatos inquietantes, terroríficos o de carácter psicológico, sino que me brindaron toda una muestra de buen hacer literario, visiones tan personales que no se repite ni un solo enfoque entre los cuentos que conforman esta antología. Y eso es muy complicado de conseguir, ya que estamos hablando de una criatura sobre la que ya han corrido ríos de tinta, que está sumamente arraigada a la propia existencia del ser humano y cuyos mecanismos para generar miedo o tensión tenemos demasiado interiorizados, sobre todo gracias al (o por culpa del) cine americano.

Cuentos de suspense, de terror psicológico, viscerales, históricos, filosóficos o metaliterarios. Todo eso y más tiene cabida en este libro, que es con toda probabilidad la visión más amplia sobre el concepto de fantasma que se ha publicado hasta la fecha.

Claro que estas afirmaciones por parte del «padre» de la criatura pueden carecer de credibilidad. Si es el caso, si no te convence que el compilador de la antología te cante las virtudes de la obra, no tienes más que aventurarte entre

sus páginas, ir siguiendo el recorrido del testigo que se van pasando de mano en mano unos escritores que ya están dejando impreso su sello en la historia de la literatura de terror contemporánea, y juzgar al final si mi entusiasmo era desmedido. Como mínimo, te garantizo que hallarás entre las hojas impresas de *Fantasmagoria* cuentos de fantasmas de los que todavía no habías escuchado hablar al calor del hogar, originales y evocadores.

Antes de continuar, te invito a que mires un momento por encima de tu hombro, que compruebes que estás solo en la habitación. No será la última vez que lo hagas antes de cerrar el libro.

Darío Vilas

EL COLUMPIO

José Luis Cantos

—Tengo miedo, mamá —susurra Lucía con tono compungido bajo el dintel de la puerta.

Su carita redonda brilla con un cariz ceroso en la semioscuridad del cuarto.

—Ven cariño, acércate —le dice su madre desde la cama, y yo contengo un reniego.

Una noche más con la niña durmiendo entre nosotros —y ya van tres en esta semana—, o lo que es lo mismo: otra noche sin sexo.

Levantamos el nórdico para que Lucía, envuelta en su pequeño camisón blanco, se deslice al interior de la cama matrimonial. De soslayo, observo el bulto bajo el pantalón de mi pijama, una prometedorá erección desperdiciada por las pesadillas de la cría.

—No te importa, ¿verdad, Jorge? —me pregunta Andrea con ese mohín próximo a la súplica que entristece su rostro siempre que su hija nos priva de un poco de vida íntima. Es una cuestión de pura cortesía; aunque yo le dijera que sí, que me jode no poder retozar con ella, no cambiaría nada—. No te preocupes cariño —y fuerzo una sonrisa lo suficiente persuasiva para que ella me responda con otra.

—Te quiero —articula en silencio mientras Lucía se acurruca contra su regazo— ¿Qué ha sido esta vez, cielo?

—Estaba muy oscuro —lloriquea la niña—, y había un espejo, y alguien me llamaba...

Disimulo un suspiro y giro la cabeza hacia la ventana del cuarto; la chiquilla continúa su relato, Andrea le acaricia la melena azabache. Fuera, el viento gime, las ramas del olivo rascan suavemente el cristal de la ventana, y mis párpados van cediendo a un sueño monótono exento de fantasías húmedas.

—Creo que voy a construir un columpio para la niña.

Degusto el café con deleite mientras observo por la ventana situada sobre la encimera. El otoño se ha adelantado, apenas quedan trazas de verano en el patio. La mañana grisácea asoma tras las nubes como una acuarela aguada.

—¿No vas a pintar hoy? —Andrea recorre la escueta cocina de un lado a otro, desayunando a trompicones. Se le está haciendo tarde, la arruga en el ceño delata el estrés que intenta ocultar. No es que su trabajo sea gran cosa: servicio al cliente en una empresa de telefonía, pero es lo único que tenemos hasta que mis cuadros empiecen a venderse. Serán unas navidades muy austeras, me temo.

—Por supuesto que sí, el columpio sólo me llevará un rato, lo único que necesito es madera y un poco de cuerda. Creo que tengo en el cobertizo.

Lo colgaré en el huerto, en esa rama del olivo larga y gruesa, cuyas hojas llegan hasta la ventana de nuestro dormitorio, en el piso superior.

—¿No sería mejor hacerlo para la primavera, cariño, cuando vuelva el buen tiempo? Empieza a hacer frío... —Se dobla la chaqueta sobre el brazo y comienza la frenética búsqueda de las llaves del coche.

—Un columpio es un columpio, da igual la época del año.

—Está bien —concede. No me cuesta comprender que sólo la mitad de ella ha estado pendiente de la conversación, su otro cincuenta por ciento tiene la mente puesta en las quejas y maldiciones que va a tener que soportar durante ocho horas—, pero luego ponte a pintar.

ALIUD

Elena Montagud

El último tramo de calle lo cubrió corriendo. Sus jadeos eran los de un cachorrillo asustado. El llanto la sorprendió a mitad de la escalera, y ya no pudo detenerlo hasta que entró en su casa y se metió en la cama, cubierta con la sábana y con la lamparita —que usaba desde niña— encendida.

A medianoche se levantó aturdida por el sueño, pero segura de que había alguien en su dormitorio, contemplando cómo dormía. Alguien muy familiar: tanto, que reconoció su perfume.

Fue —justo en ese mismo momento en el que lo familiar se vuelve siniestro— cuando comenzó la lucha de la humanidad. En una sola persona, en una única mujer.

Javier contemplaba atónito los folios escritos con una caligrafía bella, pero nerviosa. Se rascó la barbilla intentando pensar. Hacía tan sólo una hora que había acabado de leer el diario de su sobrino y, ahora, había pasado al de Laura, su pareja. La noticia —recibida meses antes— de la muerte de su hermana y su cuñado le había sumido en la reclusión de su despacho, intentando descubrir las causas de esos inesperados suicidios. Y, poco tiempo después, con la misma sorpresa, el de su sobrino.

Para Javier, hombre escéptico por naturaleza, todo lo que había leído en el diario le parecían meras alucinaciones.

Aun así, tenía que averiguar por qué se había producido ese contagio. Estaba claro que podía suceder en personas con estrechos lazos afectivos, sin embargo, no eran los únicos suicidios, pues en el resto del país docenas de personas se habían arrojado por las ventanas, lanzado contra los coches o habían decidido colgarse de una viga.

En su despacho había consultado un gran número de estudios sobre lo siniestro de Freud, a propósito de la mención en el diario. Sin embargo, lo siniestro era un estudio, sólo eso. No podía llegar a creer que fuese algo más, ni tampoco quería. Se había tratado de convencer de que en determinados momentos de la historia humana, las tendencias suicidas aumentaban, y luego volvían a reducirse. Sí, tal vez solo fuera eso. Y concluyó que era lo más lógico, a sabiendas de que el ser humano estaba a punto de pasar de un milenio a otro y las profecías más escabrosas habían circulado de boca en boca y de mano en mano desde muchos años atrás.

Volvió a echar un vistazo a las hojas que tenía delante de él y suspiró. En ese momento la narración, que cualquiera podría pensar que estaba sacada de una novela de terror, pasaba a ser una especie de diario, como el que escribió su sobrino. Miró el reloj de pulsera y volvió a soltar un suspiro. Todavía le quedaban un par de horas de sol, así que decidió continuar leyendo.

2 de septiembre de 1999

Todavía no sé muy bien cuándo comenzó todo esto, ni cómo, ¡ni por qué! Hace ya tiempo que dejé el trabajo, pero esporádicamente todavía iba a la universidad. Si voy, es simplemente para charlar con Miguel, el profesor que en segundo nos habló de Freud.

Sé que esto puede parecer una tontería. ¿A quién podría contárselo? ¿A Germán? ¿Es que acaso él me creería? Yo, que siempre he sido la parte lógica de esta fusión, ¿cómo voy a mostrar mis flaquezas? Cómo, dime Dios, cómo, ¿voy a demostrar que casi todo lo que me rodea se ha convertido en una entidad amenazadora? ¿Y cómo puedo justificar que

CARAMELITOS DE FRESA

Ignacio Cid Hermoso

Un fantasma es la piel descarnada de lo que empieza a olvidarse pero aún se quiere recordar. La bolsa de plástico donde vive el pez de camino a la pecera, que después se desecha y se tritura y se pierde y desaparece sin más.

El dolor habita en el fantasma el tiempo que dura nuestro camino hacia el abismo. Marta lo pudo comprobar al ver morir a su bebé de quince meses. Se ahogó sin remedio con un caramelo de fresa. Ella no pudo hacer nada por evitarlo.

Días después, Marta se quiso quitar la vida con una cuchilla de tres hojas, perfecta para apurar el ramillete oliva que la unía a sus manos, pero a pesar de la bañera encarnada, del sopor y el escozor con que se enjabonaba el pelo; el baño tornó en breve ducha, en salpicadura nada más. Su marido la encontró a tiempo y se la llevó al hospital, donde le taparon las heridas con sendos brazaletes que prorrogarían su vida.

Le pintaron ositos en las muñequeras. Fue una idea de su propio marido, que era psiquiatra. Ese gesto, aseguraba, le ayudaría a olvidar el olor áspero de su sangre mezclada con el agua caliente.

Sin embargo, ella no quería que se escribiera un relato sobre su intento frustrado de suicidio. Ella quería que se hablara de su niño. Desde luego, no quería que se escribiera

jamás sobre el rancio olor de su sangre al secarse en los bordes de porcelana de la bañera, sino del olor que emanaba el cuerpito de su bebé... Que se escribieran miles de millones de páginas sobre ese torpe pedacito de cielo, con sus mofletes inflados de algodón y su vientre redondito de papilla, reclamado antes de tiempo por un dios absurdo. Reclamado infinitamente antes de que a Marta le diera tiempo a empezar a quererlo más que a su propia piel, ramificada en estúpidos cúmulos de venas verdes.

Por eso, un fantasma no es una mala solución para los problemas de escasez de tiempo con los que contamos en vida. Algo etéreo y espeluznante, desde luego, pero el corazón de una madre se acaba acostumbrando a lo más inasible si de por medio existe amor. Y el amor de una madre es un amor especial, que no tiene igual en esta vida y que ni siquiera se puede aplacar con la muerte o con la locura.

*

La habitación de David era un mausoleo de recuerdos a medio usar, un útero vaciado al que se le hubiera extirpado la alegría.

Marta miraba la cunita como si fuera una nave extraterrestre recién aterrizada en el cuarto de su bebé, donde las paredes pintadas se caían de abandono. Tocaba los barrotes intentando una escala musical que se aproximara a la arritmia de sus sentimientos, pero no la encontraba.

Antonio, su marido, aseguraba que ella aún se encontraba en la segunda fase del duelo, y que esta fase se estaba prolongando demasiado, impidiendo el paso de Marta al maravilloso mundo de la resignación; por lo que su duelo se estaba convirtiendo poco a poco en un problema de salud. Eso le preocupaba, pues él ya había aceptado lo que había sucedido, y de alguna manera, se enorgullecía de haber previsto cada una de las etapas de su propio duelo.

CHAMBERÍ

Francisco Miguel Espinosa

1

Estación de Chamberí, 21 de mayo de 1966 – 00:20 a. m.

«Hay algo malo en los túneles».

Fue lo único que dijo el operario, el tipo gordo y con barba de varios días que tendría que haber acompañado a Julián Márquez en su ronda nocturna por el túnel. Y Julián Márquez había desaparecido dentro de ese túnel. El operario temblaba de pies a cabeza cuando el detective Torres atravesó las puertas de madera de la estación y entró en la garita del taquillero. Evaristo, el operario, estaba sentado en una silla de madera, fumando un pitillo tras otro y sin poder controlar sus espasmos. Estaba pálido como la cera y sus ojos saltaban de un lado a otro. El detective Torres suspiró, exasperado, y repitió su pregunta:

—¿Eso es todo lo que puede decirme?

—¿Qué quiere que le diga? Se lo ha tragado el túnel... Se lo ha tragado...

—De este no vamos a sacar nada.

La voz de Sebastián rompió el incómodo silencio de la garita. El compañero de Torres también fumaba, era un tipo

grande y con el mentón prominente, su actitud amenazante amedrentaba a cualquiera y no solía causar una buena sensación en los interrogatorios. El poli bueno y el poli malo. Torres ya había aceptado, hacía tiempo, su papel en aquella relación de compañeros. El encargado de la estación, un hombre mayor de bigote enorme con las puntas rizadas, intervino:

—No creo que el pobre Evaristo pueda decirles mucho más, caballeros.

—¿Cuántos operarios están ahora mismo trabajando?

—En esta estación sólo dos. —el encargado se detuvo a pensarlo un momento—. Habrá otros dos en la estación de Iglesia y seguramente otros dos en Cuatro Caminos. Esta noche no hay mucho que hacer.

—Necesitaremos que todos los operarios que estén de servicio vengan a esta estación —sentenció Torres, mirando de soslayo a su compañero, que asintió conforme.

El encargado de la estación asintió y salió por la puerta. Torres se levantó y se asomó por la cristalera del taquillero. Dijo:

—Asegúrese que los operarios no vienen por los túneles... no sabemos lo que puede haber allí dentro.

El encargado de la estación tragó saliva ruidosamente. Estaba empezando a sudar cuando se dio la vuelta y acudió a por la radio de la estación.

Sebastián hizo un gesto de desdén hacia el pobre Evaristo, que lloriqueaba como un niño, e hizo un ademán con la mano para que su compañero se acercase. Ambos salieron de la garita. Las puertas metálicas de acceso a la pasarela estaban cerradas y las puertas de las demás taquillas abiertas de par en par. Una extraña manera de ver el metro, esa. Torres y Sebastián se alejaron de la garita, hacia el otro lado del vestíbulo. La luz no era gran cosa, y a Sebastián siempre le había puesto nervioso el metro de Madrid. Sólo un chalado como Alfonso XIII podía idear semejante tontería, y el Generalísimo lo mantenía porque a la gente le parecía muy moderno. Muy a la última. Esto es lo que pasa cuando se le hace caso al pueblo, pensó. Torres, por el contrario, era más

DESAHUCIO

Darío Vilas

A Rafa Rubio, que puso los cimientos

Acudo puntual a la cita, pero mi cliente ya me está esperando desde hace rato. Estos desesperados siempre llegan horas antes de lo necesario. Aguardan impacientes mi aparición, mientras luchan contra sus propios demonios, intentando obligarse a volver sobre sus pasos y olvidar que me necesitan. Pero no pueden. Saben que sólo yo les concedo lo que tanto ansían: llenar su insulsa existencia con el único material que puede dejarles plenamente satisfechos.

Comienza el espectáculo. Para la sesión de hoy tengo preparado el *show* del fantasma, seguido del número del tra-pichero y el drogadicto.

Este es mi momento favorito, cuando alguien me invoca por primera vez y puedo jugar a ser un espectro aterrador, una aparición diabólica. Me encanta ver a estos cabrones con los huevos de corbata, intuyendo mi presencia entre las sombras. Entonces, aparezco de repente por detrás. Un golpe de efecto tan típico como demoledor, con el que los dejo sometidos a la primera de cambio, con el culo en pompa. Después me los follo en todas las posturas posibles, antes de

concederles una tregua. Sólo una tregua. Espero que a todos les quede claro.

Se trata de un tipo joven —ni siquiera ha dejado atrás la mirada retadora propia de la nubilidad—, y su edad le confiere una determinación y un arrojo deliciosos, que auguran una ceremonia de iniciación prolongada y placentera. Tenemos toda la eternidad. Al menos mientras me sigan necesitando.

Tal vez hablar de necesidad no sea apropiado... Deseo, anhelo, ambición. Después de un tiempo, cuando han paladeado y disfrutado todo lo que puedo ofrecerles, llega la avaricia, que pronto da lugar a la dependencia.

Una dependencia febril, enfermiza. Puedo satisfacerla hasta que sus vidas despreciables toquen a su fin o retirarles el don cuando me venga en gana. Depende de ellos, de hasta dónde estén dispuestos a llegar. Podemos echar un par de polvos rápidos o encadenar una orgía detrás de otra. Un *gang bang* prolongado que nos deje exhaustos y satisfechos por una buena temporada.

Por eso me gustan las nuevas generaciones, no tienen prejuicios. Son más abiertos a experimentar en pareja, incluso en grupo. Estoy viviendo mi época dorada, aunque la percepción de los mortales sea otra.

El puto desgraciado los tiene bien puestos. Tiro del repertorio que conoce, porque no hay nada que asuste más que un cliché. Movimientos en falso, silencios inquietantes que culminan en susto con efecto sonoro incluido (soy un ente con recursos). Ahora estoy, ahora no estoy. Sonidos crepitantes, susurros fantasmales, rugidos infernales... Nada, mi retahíla no surte efecto porque tiene bien claro lo que viene buscando, y mi catálogo para novatos le deja indiferente. Tenemos a un jodido sibarita del miedo.

Esto promete, de aquí sale algo grande.

—¡Ya sabes lo que quiero, muéstrate! —grita sin demasiada convicción.

¿Me habla directamente a mí? Joder, los bisoños poseen una osadía encantadora. Sin duda, esta raza inmunda vive su mejor época.

EL MÁS SOLITARIO DE LOS NÚMEROS

Jesús Cañadas

He puesto en venta mi pasado, mi memoria y mis raíces.
Menos mal que nadie los ha comprado.

El silencio se mueve
Fernando Marías

1

De verdad, dime, ¿qué esperas ver cuando los abras? O mejor, no me lo digas. No se te ocurra hacerte esa pregunta. Prefiero que no lo hagas. Así no estropearemos la sorpresa. Espera, espera sólo un minuto. Déjame disfrutar un poco más, aunque ojalá te atrevieras a abrirlos una rendijita.

Pero, claro, ¿y si no vieras lo que había antes? ¿Y si vieras algo distinto? Ya sabes lo que había en el dormitorio un instante antes de que los cerrases, pero ¿qué habrá cuando abras los ojos?

Lo que había antes era un hombre de setenta y tantos años. Desnudo. Sudoroso. Colgajos de carne expuestos en la

penumbra de las velas. Varices formando laberintos en las piernas. Almorranas. Diabetes. Hipertensión. Artrosis. Un cáncer no diagnosticado. Piel marchita colgando como tomates secados al sol. Manos de sarmiento. Ojos con cataratas. Un cuerpo lleno de símbolos pintarrajeados con témpera barata. Los has copiado de las páginas centrales del libro de Luisa. Tienes miedo de que te haya temblado la mano, de que no lo hayas hecho bien. De ser sólo un viejo estúpido en medio de un dormitorio iluminado con cuatro cirios robados.

El teléfono suena en el salón. Te sobresalta. De alguna manera, ese timbre hueco es lo que pone en marcha el recuerdo. La sensación de realidad intrusa es lo que te hace volver atrás, a pensar en las cortinas cerradas, en el perro, en la plaza de abastos y en los ojos de los peces y el monigote de San Juan y en la ambulancia llevándose el cuerpo y hay un mensaje en el contestador.

2

Hay un mensaje en el contestador. Es una lucecita que parpadea debajo del sitio donde se cuelga el teléfono. Debajo de la lucecita hay un flamante dos. Eso significa que hay dos mensajes, razona Faustino. Faustino no sabe cómo funciona el cacharro. Gime al inclinarse, un punzón candente se le clava en la base de la espalda. Otro dolor más. Toquetea todos los botones sin saber muy bien qué está haciendo. El dos se convierte en un uno. No sucede nada más durante un rato. Entonces Faustino se acuerda. Tiene que encender el sonotone. Demasiadas maquinitas. Lo hace en el mismo instante en que suena un pitido y el uno se convierte en un cero.

Papá, soy Nacho. Coge el teléfono. Haz el favor de coger el teléfono, papá. Papá, ¿te has puesto el cacharrito de oír? ;Coge el teléfono de una puta vez, papá, coño! Bueno, ya lo oirás. Era sólo para decirte que vamos a salir ya. ;Iván, estáte quieto! ;Marta, coge al niño un momento! Nos vemos esta noche para la cena, papá.

EL RECIPIENTE

Miguel Aguerralde

I

Atardecía. El tacto de la pistola le parecía cálido, no entendía por qué en las novelas siempre lo describían frío. Al contrario, era templado, casi sudoroso y grasiento. El sabor del metal sí que era desagradable. Pensó en la cantidad de gente que habría manoseado ese revólver de segunda mano antes de que se hiciera con él en la tienda de empeños y dedicó un momento a frotar el cañón con la camiseta antes de volver a metérselo en la boca. Disparó. Clic. Apretar el gatillo sería mucho más difícil cuando introdujera las balas en el tambor.

Esa noche se cumplían seis meses. Media docena de lunas llenas como aquella en la que el alcohol y un quitamiedos afilado habían segado la vida de su mujer, Claudia. Él no había vuelto a conducir y de la moto quedaban cenizas, ilusiones quebradas y planes rotos. No había encontrado en seis meses la manera de expiar una culpa que le corroía. Ya no quería vivir, no quería respirar más las briznas de aire que le correspondían a ella.

Así que esa noche lo haría. Tenía en la mesa una bandeja de plata, como en las películas, y sobre ella un puñado de balas,

un vaso de cristal y una botella de tequila. Dejó junto a esta el revólver y en la penumbra creciente de su salón se recostó en el sofá con los ojos cerrados para volver a verla. Como si Claudia todavía siguiera allí, encendiendo velas y prendiendo esencias, los sentidos de Alejandro se llenaron de su voz, de su aroma, casi sintió una caricia limpiar la lágrima de su mejilla.

La luz mortecina arrancaba reflejos de los pósteres enmarcados de los conciertos de su banda, el de su última actuación en solitario había ardido en llamas junto con su motocicleta una semana después de que al salir de ella, entre risas y alcohol, Claudia perdiera la vida en aquella cuneta. Por su error, por su negligencia. El músico se levantó del sofá y cruzó el salón hasta el rincón donde ordenaba sus guitarras, tomó su favorita, la acústica de caja negra, la acomodó en sus brazos y preparó un acorde. Los dedos, súbitamente torpes, se atascaron al principio. Al apretó los párpados. De pronto las yemas volvieron a deslizarse sobre las cuerdas como estaban acostumbradas. Sólo necesitaban recuperar sensaciones. Después, una nota tras otra, fue fácil, sencillo, triste. *Ain't no sunshine when she's gone*, una canción, la siguiente, repasó la banda sonora de aquella historia de amor truncada por... ¡Ah!

Alejandro lanzó la guitarra contra los cojines y se llevó las manos a la cara, llorando, se la hubiera arrancado de haber podido. Las lágrimas parecían negarse a rodar por su mejilla, como si quisieran permanecer junto a él, adosadas a su ojos, acompañándole hasta el final, hasta que tomara el revólver, cargara las balas y...

La desesperación oprimía su pecho y le hacía exhalar bocanadas de aire, abrió los ojos y posó la mano sobre la culata de la pistola. Todavía le parecía sentir el perfume de Claudia tan vivo como siempre. Estaba en todas partes. Impregnaba el sofá, los cojines, casi podía imaginar su programa favorito en la tele apagada. Tomó una de las balas y la observó fijamente. El punto y final. Fue entonces cuando sus ojos encontraron la guitarra azul, tan olvidada como otras tantas de las cosas de Claudia, de los objetos que con sólo pensar en ellos podrían traerle recuerdos demasiado duros de soportar: su ropa, su

FLORES SUICIDAS

Javier Cosnava

Entre los carriles de las vías del tren,
crecen flores suicidas.

Ramón Gómez de la Serna

Una vez me contó mi abuelo que nuestro don, nuestra maldición, nació con el tío Sendra. Como todos en nuestra familia, Sendra era observador, taciturno, amante de los silencios y de las sombras que estos generan en los rostros de los hombres. Sombras que no son sombras, tics que asoman a nuestra faz cuando nos creemos solos, cuando el traqueteo del tren lo llena todo y ningún otro sonido se atreve a enfrentar su voracidad, porque ese vaivén nos hace olvidar que estamos en un vagón de cercanías, rodeados de desconocidos. El tío Sendra, durante la media hora que duraba el trayecto, había llegado a memorizar cada gesto, cada movimiento, cada arruga, fruncimiento de ceño, mohín, temblor de labios... de sus compañeros de viaje.

También le gustaba la pesca de agua dulce. En su cabeza, de alguna forma arcana y acaso perversa, asimilaba el uso de cebos naturales con el silencio del que se valía para capturar bajo su retina el alma secreta de los hombres. Hay muchas

clases de insectos que estimulan el apetito de truchas y otros salmónidos, decía siempre. Y el tío los arrojaba a merced de la corriente, pendiendo del anzuelo, los plomos y el flotador. Luego se sentaba a esperar que algún pez, llevado por la gula, sellase su destino y lo ligase al de ese observador que, mudo, impasible, se sabe conocedor de los secretos de las aguas. La pesca a pulso (o al tacto, como la prefieren llamar los profesionales) requiere una sapiencia única, una unión casi mística con el líquido elemento y sus esquivos pobladores, que culebrean en los remolinos, desviando la línea y obligando al pescador avezado a modificar la plomada.

Porque al tío Sendra no se le podía engañar, fueras un pescado o solamente un hombre. Por eso, en el vagón de tren, durante esa media hora en la que los mismos rostros repetían las mismas inclinaciones amables de cabeza y los mismos suspiros de sopor o de apatía, él había aprendido a ver más allá de las apariencias. Con el tiempo fue capaz de anticipar los remolinos del tiempo tan bien como si se tratase del caudal del río, fluctuando entre esos traqueteos y saltos de agua que conforman nuestra existencia. Finalmente, un día aciago, descubrió que aquellos hombres de mirada triste, trajes de segunda mano y sombreros desgastados por el uso, no eran ya ningún misterio para él, pues había capturado su esencia como si hubiese arrojado una imaginaria caña de pescar y atravesado el paladar de cada uno de ellos con un anzuelo hecho de hastío y de repeticiones.

La línea de tren Barcelona-Mataró se había inaugurado dos años antes, en 1848, y el tío Sendra la tomaba todos los días para ir a trabajar a una empresa algodonera. Luego de abandonar su pueblo natal, en la Valencia interior, había trabajado durante casi una década en diversas fábricas textiles catalanas, uncido a esa nueva forma de esclavitud que hoy llamamos Revolución Industrial. Llevaba dieciséis meses trabajando en la misma máquina, en el mismo almacén, haciendo cada día de ida y de vuelta aquel trayecto, de Mataró a Barcelona y de Barcelona a Mataró, en la primera línea ferroviaria de nuestro país. No se quejaba de su destino. Llevaba comida a la mesa, tenía tiempo (aunque no mucho) para

INCOLORO

Javier Pellicer

Ha de advertirse a los tímidos y vacilantes, que el que no esté
con nosotros, está contra nosotros, y que como enemigo
será tratado.

General Emilio Mola, planificador de la
sublevación militar de 1936.

Hoy se van; muchos, millares, se quedan teniendo como
sudario la tierra de España, el recuerdo saturado de honda
emoción de todos los españoles.
Hasta pronto hermanos.

Discurso de La Pasionaria, 1 de noviembre de 1938

En algún lugar de España, hace no tantos años...

Suelto mi puño y vuelvo a darle en el rostro. Su pómulo se abre como un melocotón golpeado contra una vara. Gime al tiempo que ladea la cabeza. Escupe un esputo de sangre acompañado de un par de dientes. Me mira con ojos de súplica. Se

ha equivocado de hombre. A Santiago Navalón, capitán de la Guardia Civil, no hay quien le tome el pelo.

—Ahora mismo me vas a decir dónde coño están tus compañeros, o te prometo que te vas a arrepentir.

—Señor, no sé de qué me habla...

Le doy otra vez. Me da hasta asco golpearlo. La sangre de estos rojos de mierda me pone enfermo. Voy a tener que quemar el guante. Espero que al menos no salpique mi uniforme. Mientras tanto, le doy una patada en la costilla. Se escucha el crujido, luego el aullido del animal. Sí, eso es lo que es. Un animal, una mierda.

El pueblo entero está mirando. Tal como he ordenado. Quiero que lo vean, que comprendan lo que le ocurre a los que colaboran con esos desgraciados. Algunos de mis hombres abogan por ser más suaves, por ganarnos a estos mendrugos mediante las buenas maneras. ¡Bobadas! El Generalísimo no me envió aquí para dar caricias, sino para repartir las hostias que esta gentuza se merece.

—Mira, Miguelito, no me toques los cojones. —Lo cojo de la barbilla y le obligo a fijar sus ojos en los míos—. Te hemos pillado subiendo al monte con dos gallinas, a punto de anochecer. ¿Te crees que somos imbéciles? ¿Me crees un imbécil?

—No, mi capitán. Yo... yo...

Desenfundo la pistola y coloco el cañón sobre la frente. Presiono, para que sienta el metal, para que sepa que no voy a dudar en apretar el gatillo. Fantástico. El idiota se ha meado.

—Me vas a llevar donde se esconden esos maquis hijos de puta, o te juro que te vuelo la cabeza ahora mismo. Y detrás de ti irán tu mujer y tus dos hijas.

Arranca a llorar.

—¡Está bien, señor! ¡Lo haré! ¡Pero no le haga nada a mi familia!

Sonríó. Ya veremos si me da por cumplir mi parte del trato. Su hija mayor es bastante apetitosa.

Elijo al Severiano y a Manolo para que me acompañen al punto de encuentro. Siempre va bien no ir solo, por si los

JUEGO DE NIÑOS

Ivan Mourin

—Venga, tío, cámbiamelos —suplicó Raúl, extendiendo los tres cromos con los dedos.

Oriol los estudió con detenimiento, bajando los peldaños de piedra de la entrada del instituto. Una horda de zombis, putrefactos y babeantes, acorralando a una chica universitaria de grandes tetas; un vampiro alzándose de un ataúd en algún cochambroso sótano; y una sombra estrangulando a un hombre en el pasillo de un hotel lujoso.

—Tú debes de estar flipando, colega. —Le apartó la mano y continuó descendiendo—. El de los zombis mola, pero los otros los tengo. Y no te lo cambiaré sólo por tres, a no ser que sean muy buenos.

—¡No seas así! —protestó Raúl—. ¡Si el de Mr. Hyde lo tienes repe!

—Lo sé, pero vale mucho más de lo que tú me ofreces. Si quieres, te doy el del hombre lobo por el de los zombis.

—¿El que le arranca al tío del coche la cabeza? —preguntó, ilusionado. Ese no lo tenía.

—Sí.

—¡Genial!

Le entregó el cromo y se preparó para recibir el trueque con tal ilusión y nerviosismo como si estuviese traficando con droga, como había visto hacer a algún alumno de

segundo de Bachillerato. Esperó a que Oriol descolgara la mochila hacia el pecho y sacara el fajo de estos, cada uno cubierto por una fundita de plástico, sujeto con una goma elástica.

—¡Gracias, tío! —Se guardó el cromo en el bolsillo del pecho de la cazadora tejana— ¿Me dejas ver el de Hyde?

Resoplando, Oriol lo separó y se lo dejó sobre las palmas abiertas como si fuese una oblea. Con ojos brillantes, Raúl se lo acercó y lo examinó con minucia como si fuera la primera vez.

Hyde, enorme, grotesco, con el rostro surcado de cicatrices, enarbolaba, protegido por la noche, un bastón contra un anciano que estaba tendido en el suelo adoquinado con el cráneo abierto.

—¿Qué tienes ahí? —Curioseó alguien a su espalda, arrebatándole la pequeña lámina.

Los dos se giraron de sopetón, sintiendo cómo se les hundía el estómago como si les hubiesen dado un puñetazo, cosa que posiblemente sucedería. Un chaval de casi metro ochenta, rubio, jugueteaba con la viñeta entre los dedos, mirándolos. Era Rubén Corchero, el matón del instituto, repetidor de cuarto de ESO y, cómo no, iba acompañado por su séquito, otros cinco chicos que no pasaban de los dieciséis años.

—¿Estáis en primero y aún jugáis con cartitas, mariquitas? —se burló este, tratando de controlar los gallos en la voz para mantenerla grave—. ¿Para qué mierda necesita el plástico este trozo de cartón?

—No se lo quites. —Oriol se acercó a él para recuperarlo—. Lo estropearás.

—¿Lo estropearé? —le imitó, con cara de sorpresa, alzando el cromo hasta donde el crío no podía alcanzarlo—. ¿Crees que podrás quitármelo, canijo?

—Devuélvemelo, o...

—¿O qué? —se agachó para mirarle a los ojos— ¿Me vas a pegar?

El grupo se rio entre brillantes ortodoncias y chicles masticados exageradamente, calentando los nudillos para la pelea

LO QUE SWEDENBORG NO DIJO

Daniel P. Espinosa

Que los ángeles tienen perfecta forma humana, y también los
hombres después de la muerte.

*Sobre el cielo y sus maravillas y sobre el infierno,
de lo escuchado y lo visto, 1758*
Emanuel Swedenborg

Además de aquello, Pit había leído que para Swedenborg morir se era ir a un lugar idéntico a la Tierra. Allí uno vivía de la misma forma que había hecho siempre, hasta que algún día un ángel lo paraba por la calle y le revelaba que estaba muerto, y en ese momento le daba a elegir adónde quería ir, si al cielo o al infierno. Cómo no iba a fascinarle una idea así. Lo suficiente como para que Laura tuviese un ataque de nervios.

Ella llevaba media hora dando golpes a su taza con la cuchara. Sin embargo, lo único que a él le preocupaba ya era que otra vez había demasiadas personas sentadas a su alrededor. Le parecía que no dejaban de estar por todas partes e incluso le habían quitado las ganas de seguir comiendo su helado.

El tintineo de la taza que no paraba se le metía en los oídos y ninguno de los dos decía nada más. Pit sólo alcanzó a pensar que a esas alturas el café debía de haberse quedado frío. Laura murmuró entonces que no lo entendía, que no entendía nada, volvió a remover el café más rápido y con más ruido, y después se echó a llorar. Pit no tuvo más remedio que acercarse para consolarla, pero en cuanto se levantó ella le golpeó en el estómago.

—¡No!

Chilló tan fuerte que Pit se encogió intimidado y todas las demás parejas que estaban en la terraza se callaron y prestaron mucha atención.

—No estoy de acuerdo. No te vas a suicidar, ¿me oyes? Me da igual lo que digan tu libro y tu filósofo.

Pit se ruborizó, miró hacia las mesas de alrededor y se agachó para hablarle al oído.

—Pero Lauri, cariño, eso es cosa mía.

Ella pegó la cara a la suya. Le temblaban los labios por la rabia y el aliento a café se le metió a Pit hasta la garganta.

—He dicho que no lo vas a hacer —le dijo, chillando de nuevo como si estuviera poseída.

La pareja que tenían al lado daba un sorbo a sus tazas y no se perdía detalle. Las demás estaban tan pendientes de lo que ocurría que ni siquiera se acordaban de que tenían una bebida en la mano enfriándose.

—Y punto —gritó Laura e interrumpió la queja que Pit iba a comenzar, confuso.

Tras eso él volvió cabizbajo a su asiento, cogió sin ganas la cucharilla y comió un poco más de helado. Las miradas de alrededor siguieron atentas.

Estuvieron en la terraza aún varias horas, pero no se dijeron una sola palabra más. Él no dejó ni un momento de observar a la gente de las otras mesas, fatigado. Después la acompañó hasta su casa, le dio un beso de despedida de una forma que resultó extrañamente ceremoniosa y se marchó muy despacio. Todavía tenía grabado en la cabeza ese tintineo que no paraba.

LUDIMILA

Juan Ángel Laguna Edroso

Ochenta y seis años. No es edad, no, para cuidar de un chiquillo. ¡Si ni siquiera soy su abuela, sino su bisabuela! Como bien dijo mi Aniceto hace lo que parece una eternidad: «mocé, tú y yo ya casi no somos parientes...». Y, sin embargo, aquí me veo, ocupándome del niño en este viejo caserón que parece pensado para albergar sombras, sin nadie que me eche una mano. Ni siquiera su bisabuelo me es de gran ayuda, tan perdido que anda en sus propios mundos. ¡Qué extrañas son a veces las cosas! Extrañas y crueles.

Suerte tengo, me digo, de que al menos su padre siempre fue previsor. Si no fuera por él, no sabría ni cómo se llama el muñeco ese con el que le gusta dormir ni qué le gusta hacer para pasar el rato. No me hubiera gustado tener que indagar en sus cosas a estas alturas. Es mejor respetar algunos silencios, porque no sabes qué es lo que pueden despertar. Por eso recorro al cuaderno de su padre, a sus hojas frágiles como trigo dorado en exceso, y evito hurgar en lo que siempre serán heridas demasiado abiertas.

Sé que no es fácil fingir un nuevo hogar en esta casa; tan vieja y destartada para un chiquillo de su edad... Pero ¿qué otra cosa nos queda? Yo soy muy mayor para emprender otras sendas y él no puede contar con nadie más que con esta anciana, y será así, al menos lo espero, todavía por muchos años.

Años que se alargan entre estas cuatro paredes como las sombras de los cipreses.

Es por ello que no sirven lamentos, ni caras largas. Las cosas son como son: extrañas y crueles... e inevitables. Así que mejor arremangarse y mantenerse alerta. Aún recuerdo la carita blanca y aterrada de Nieves, su madre, cuando de niña venía a pasar el día con nosotros y le sorprendía la noche fuera de casa. Era tal el temor que le infundían estas tristes paredes una vez se escondía el sol que no pocas veces tuvo que llevarla de vuelta al valle su tía Engracia. ¡Pobres! Como dos almas en pena tomaban el alcorce de los pastores para cruzar por la vía más corta esa negrura de los que vivimos lejos de las ciudades. No querría, por nada del mundo, que el chiquillo incubara los mismos miedos; para él no hay otra casa en la que buscar refugio cuando le atenacen las pesadillas. Está obligado —ambos lo estamos— a llamar hogar a este viejo caserón.

No debería ser difícil, pues lo es, sin duda. Aunque su padre sea de la capital, él es uno más de Casa Tomás. Aun así, no puedo evitar preguntarme si será capaz de convivir con todas estas sombras, con el luto de su bisabuela y con los secretos que se han ido posando, como el polvo, entre estas paredes. Si pudiera, me quitaría la pañoleta para hacerle más fácil el tránsito, pero es demasiado tarde. Las cosas son así: inevitables, extrañas y crueles.

Cuando el chiquillo huronea por la falsa parece que el mundo se deja moldear por sus ojos. Los viejos arcones llenos de sábanas apolilladas se convierten en cofres del tesoro y los legajos de la casa en diarios de guerra y paz. La colección de novelillas del Coyote enciende chispas en sus pupilas y no es difícil imaginárselo soñando con grandes praderas remotas y cabalgadas a tumba abierta a la luz del crepúsculo. Nunca irá tan lejos del caserón, pero la jaula tiene tintes de oro cuando su imaginación desbocada se permite dibujar sobre el polvo y las telarañas.

Para él todo es nuevo, sobre todo lo antiguo, por eso le dejan que mate el rato por el desván, redescubriendo

OJOS DE MUÑECA

Javier Trescuadras

No podré recoger el premio, si es que lo gano, por ello pido disculpas de antemano a la organización por si acaso. No me gustaría que, llegado el momento, algún miembro del jurado tenga que cargar con la estatuilla y lamentar mi ausencia al público. Más adelante comprenderán el porqué.

Por otra parte, quería contarles algo que me atenaza la boca del estómago desde hace algún tiempo y por mucho que digan los psicoanalistas que hablando de los problemas estos se solucionan, yo sinceramente no lo creo.

El mío reside en el jardín donde juega mi hija cada tarde. A decir verdad, es muy mono, como la mayoría de los que hay esturreados por toda la ciudad. No le falta de nada: tiene columpios, toboganes, rampas e incluso esa moqueta gomosa color granate a la que le falta siempre algún pedazo. Es inmenso, y al otro lado del césped que lo serpentea en islotes (donde más de un perro descarga su contribución al medio ambiente) hay otra zona de balancines. Sólo tiene un inconveniente; está maldito.

Sí, han leído bien, embrujado, poseído o como demonios se le llame a lo que ocurre allí. Pues aunque huela a césped recién cortado y todo eso, está podrido de maldad por mucho que parezca una locura. No les hablo de un lugar tétrico de Estados Unidos, de esos que salen en alguna cinta de terror

con aureolas neblinosas y desgarros de violín; les hablo de Murcia, de un parque muy concreto.

Intentaré explicarme lo mejor que pueda pese a parecer un demente; imaginen que el columpio donde a menudo se mecen los niños se mueve solo y chirría sin cesar cuando pasas a su altura. O una risita de niña histérica te escarpia el vello de la nuca cuando consigues aparcar, a las once de la noche y lo atraviesas rumbo a casa. ¡No hay niños en los jardines a esas horas, maldita sea!

Imaginen al perro del vecino ladrándole a la nada hasta quedarse ronco. Y Rusky, que así se llama el animal, siempre ha sido dócil y juguetón con los niños. Cuando no revolotea junto a ellos (como uno más), te lo encuentras arrellanado a los pies de su amo, barriendo el parque con una mirada tranquila y lejana.

Antes de que ocurriera todo era así. Pero desde un tiempo a esta parte sólo pienso en que lo sacrifiquen. Su estado de ánimo cambia de rabioso a enloquecido, sin zonas grises, por no hablar de la fiebre virulenta que azota su voluntad haciendo que le muestre a todo el que pasa a dos kilómetros a la redonda un amasijo de dientes afilados, un charco de hilos babeantes y su consabida suerte de bufidos por la que más parece un lobo de trineo moribundo que un lazarillo urbano. Temo que se le escape al pobre viejo que sujeta el collar con esfuerzo titánico y muerda a algún niño. Últimamente la mueca artrítica con la que intenta retenerlo se ha vuelto endeble, temblorosa, agónica.

Aunque eso no es lo peor, lo peor son los dos engendros, crueles y de aspecto desaliñado que vagan por el jardín. Parece que soy el único que los ve. Nadie se ha percatado salvo yo de su presencia. Nunca he creído en las apariciones ni en el más allá pero... ya no estoy seguro de nada, aunque doy fe de la ponzoña con la que me clavan sus miradas pantanosas, cargadas de un pudín de malicia y repentina diversión.

El es alto y desgarrado, con el pelo grasiento peinado de tal forma que parece moldeado con una espátula. Lo único que hace es ir de allá para acá zancajeando a mi alrededor

SABE NUESTROS NOMBRES

David Marugán

En memoria de los militares y civiles que sirvieron en el antiguo Bravo 32, especialmente de aquellos que nos dejaron.

I

El edificio del puesto de primeros auxilios número cinco se situaba en el borde de la carretera nacional, en medio de la nada, cerca del río, junto a un campo de enormes antenas de onda corta. El hedor a cieno —sobre todo en las noches más calurosas— penetraba por las puertas y ventanas, impregnando las paredes blancas de todas las estancias hasta que el ambiente se hacía casi irrespirable. Fuera, el motor de la vieja ambulancia Citroën GSA se quejaba como un viejo moribundo cada vez que Santiago giraba la llave de contacto.

—Nada. Está gripada —sentenció Santiago meneando la cabeza bajo la atenta mirada del nuevo recluta.

—Casi mejor ¿No? —contestó Emilio con una sonrisa bobalicona, sin saber muy bien qué decir. En el fondo se sentía aliviado por la avería, por lo menos esa noche podrían dormir algo.

Salieron del coche y caminaron despacio por la gravilla de la zona de aparcamiento. Santiago sacó del bolsillo de su uniforme un paquete de cigarrillos Fortuna arrugado y le ofreció tabaco a su nuevo compañero. Las banderas colgadas de sus oxidados mástiles no se movían ni un centímetro, unos lirios marchitos que ya nadie regaba decoraban el alcorque donde estaban clavados. Todavía a esa hora de la noche el calor hacía que la tela de sus uniformes se pegara al cuerpo, formando unos rodales oscuros e irregulares a la altura de las axilas y el pecho.

—Pues sí, mucho mejor. No me lo tomes a mal tío, pero tampoco me apetece mucho salir a un accidente con un «bicho»¹ en la dotación —contestó Santiago de forma algo tardía.

—Ya, ¿y Ramos? —le preguntó.

Santiago señaló hacia los alargados ventanales de la planta superior con la mirada y después hizo el ademán de masturbarse.

—Está a su rollo, se ha traído un vídeo de casa y está ahí arriba, viendo una peli. Además no se encuentra muy bien últimamente. Tendríamos que ir solos tú y yo.

Emilio se encogió de hombros, se encendió el cigarrillo y se sentó en uno de los bancos corridos de la entrada. Unos mosquitos de tamaño descomunal revoloteaban alrededor de la bombilla, que emitía una luz macilenta desde el techo del porche. Los dos militares contemplaban los faros de los coches desfilando a lo lejos, de vez en cuando se aplastaban a algún mosquito que ya les estaba succionando la sangre con un golpe rápido y sonoro.

—Vaya mierda de sitio, tío —se quejó el novato tapándose la nariz con un gesto exagerado.

Santiago asintió sonriendo y destrozó la colilla que seguía encendida sobre la grava girando el talón de su bota con fuerza. Después, se levantó como movido por un resorte, se ajustó la hebilla dorada del cinturón y miró fijamente a algún lugar lejano. En el horizonte, débilmente iluminado por las farolas

¹ Usado en la jerga del servicio militar para referirse a un recluta novato.

UNA VIEJA CANCIÓN DE BLUES

Luisa Fernández

La bengala iluminó un radio de espesa vegetación.

Los cuatro soldados miraron el cielo amurallado de ramas donde se había detenido la luz más brillante. Una cascada de partículas verdosas descubrió la altura de los árboles y los grandes helechos. La niebla adquirió movimiento, deslizándose como una anaconda de múltiples cabezas. Tras unos instantes, todo volvió a quedarse a oscuras.

—¿Habéis oído? —preguntó Sallinger—. Nada. Silencio absoluto.

—Eso no significa que no estén ahí —respondió Smith asomándose por encima del montante de arena—. Los presiento.

—No me refiero a los japos, estoy hablando de los bichos. Ni el puto zumbido de un mosquito.

Se puso los audífonos y encendió el equipo de comunicaciones. Una nube de parásitos acústicos penetró por sus oídos. Bajó el volumen e intentó sintonizar una frecuencia. Cualquier frecuencia.

Smith se dejó caer desganado en la zanja. Sacó un paquete de tabaco y encendió un cigarrillo. Arrugó el envoltorio con rabia y lo lanzó como si fuera una pelota de béisbol.

—Es el último —informó a los demás—. Si tardan mucho Bishop y McDermott tendremos que fumarnos la hierba de

esta jodida selva. Por cierto, Akee, ¿qué fuma tu pueblo? —Interrogó con sorna al joven navajo que permanecía en pie—. Quiero decir en esas pipas que llamáis «de la Paz».

Akee, lejos de responder al aburrimiento de su compañero, subió por la pared de la improvisada trinchera y emprendió camino hacia un grupo de árboles que se intuían más adelante. Percibió un ruido entre las ramas, pero las risotadas de aquel gracioso lo habían sepultado.

—¡Cállese! —gruñó el sargento Clyton, dirigiendo a Smith una mirada penetrante—. El *code talkers*¹ parece que ha oído algo. Acompáñele.

Él agarró el subfusil y se levantó pesadamente con el cigarrillo colgando de los labios, perdiéndose tras la moribunda luz de su linterna.

—Sargento —llamó Sallinger—. He captado algo.

Le ofreció los audifonos. Clyton se apresuró a ponérselos y escuchó el mensaje.

—No está cifrado —dijo después de unos instantes—. Responda. Dígales que buscaremos sus coordenadas para reunirnos con ellos. Si no me equivoco están muy cerca, puede que hayan sido los que lanzaron la bengala.

El operario acató las órdenes.

—Aquí miembros del 99.º Batallón de Infantería. Adelante; vuelvan a repetirnos su posición.

Una voz, distinta a la anterior, llegó a través de los cascos. Se oía con tanta fuerza que Sallinger tuvo que separar el auricular de su oído.

«Repitan mensaje, repitan mensaje».

Ambos se mostraron confusos.

«Equipo médico de la 173.ª Brigada Aerotransportada, los hemos localizado. En breve llegarán varios helicópteros para su rescate. Mantengan la posición. Repito: mantengan la posición. Charlie les tiene rodeados. Cambio y corto».

—¿Quién demonios es Charlie? —cuestionó Sallinger.

¹ Nativos americanos de la tribu de los navajos que ayudaron a los marines en la SGM, transmitiendo mensajes telefónicos, de radio y orales, utilizando su idioma natural para que no fueran interceptados por los japoneses.

Biografía del antólogo

Darío Vilas Couselo (Vigo, 1979). Escritor, editor y redactor web. Compagina su labor de asesor editorial con la administración de la web www.culturahache.com, realiza críticas y reseñas para OcioZero.com o CaraB.net, mientras continúa dando rienda suelta a su particular visión del horror hispano.

Ganador del Premio Nosferatu 2010 por su relato «*Orgullo de padre*», y finalista de prestigiosos certámenes literarios como el Premio SCIFIWORLD de Fantasía, Terror y Ciencia Ficción (mejor novela de 2011), el I Certamen de Relatos de Terror de la editorial Círculo Rojo 2009, Se Busca Escritor (Bubok y Microsoft) o el III Certamen Monstruos de la Razón (OcioZero). También ha publicado textos en varias revistas impresas y digitales, y en libros de relatos como *Antología Z* vols. 4 y 6 (Dolmen Editorial), *Primeras piedras*, *Su universo a través*, y en tres números de la antología *Calabazas en el trastero* (Saco de Huesos): «*Terror oriental*», «*Peste*» y «*Monstruos de cine*». También es coautor de la obra *Imperfecta simetría* (Círculo Rojo, 2009) junto con Rafa Rubio.

En 2011 debutó en solitario con *Piezas desequilibradas*, libro de relatos publicado por la editorial 23 Escalones. *Instinto de superviviente*, su primera novela, resultó finalista como Mejor Libro de Ficción de 2011 en los I Premios SCIFIWORLD, así como en los I Premios Pandemia (blog *Infectados*), en la categoría de Mejor Novela y Autor de Género Z. Con ella inicia una peculiar saga disfuncional ambientada en tres ciudades ficticias: *Amalgama*, *Lantana* y *Simetría*. En 2012 se ha publicado su segunda novela, *Lantana, donde nace el instinto* (Dolmen Editorial).

Biografía de los autores

Ivan Mourin (Barcelona, 1980). Diplomado en Criminología, y especializado en Anatomía Patológica, Entomología Forense y Psicología conductual, es autor de las novelas de terror *Niños Perdidos*, *Sociedad Tepes*, y la más reciente *Resurrección* (*Crónicas del Caído*), así como de varios relatos publicados en fanzines y antologías (*Antología Z* vol. 6, *Déjame salir*, *Legendarium...*). Actualmente, ha finalizado una nueva novela de género negro y está haciendo nuevas incursiones en otros campos con guiones cinematográficos, televisivos y de cómic.

Además, ha colaborado en varios medios de comunicación, entre ellos, el programa de televisión *Cuarto Milenio*.

José Luis Cantos Martínez. Nació en Murcia y hasta donde recuerda, siempre ha querido ser escritor. En 2008, afincado en el género fantástico y el realismo sucio de tintes mágicos, comienza su andadura con «La mancha y duelo» en la antología de microrrelatos *Supervivencia* (Ediciones Fergutson), y «Ella», que queda en tercer lugar el certamen *KarmaSensual4: amores que matan*.

Desde entonces, varios de sus relatos han aparecido en diversas publicaciones: «La deuda», «Naraka», «Hannah y Eve», de forma consecutiva en las cuatro últimas antologías publicadas por H Horror); «La última aventura de Galiep Malavida» en *Crónicas de la Marca del Este* (Holocubierta Ediciones); «Oma Claudine» en el cuarto volumen de la *Antología Z* de Dolmen Editorial, *Zombimaquia*, compilada por Rubén Serrano, autor con el que —entre otros— ha repetido colaboración en el volumen II de *Crónicas de la Marca del Este*, con el relato «La ciudad de los esclavos». «Naturaleza uno» fue publicado en la revista *Calabazas en el trastero: Catástrofes naturales*; «Cuerpo y alma», en el sexto volumen de la *Antología Z* de Dolmen Editorial; «Enemigos», en la antología de fantasía épica *Epic*, editada por Tyrannosaurus books y «La casa del sueño» en

galardonado con el primer accésit de relato corto en el XIV Certamen Arte Joven Latina (2009), siendo el ganador más joven de las tres últimas ediciones, y el primer premio finalista de relato corto del XX Certamen Literario El Fungible (2011), entregado por Luis Mateo Díez, miembro de la RAE siendo su relato «Malos y Cobardes» alabado por el jurado publicado en la antología del premio (Edición del Ayto. Alcobendas, 2012). Actualmente estudia un Máster en Escritura Creativa en la escuela Hotel Kafka de Madrid. Es cofundador de la web literaria www.paraiso4.com.

Javier Pellicer (1978, Benigánim, Valencia). Ganador del I Premio Cryptshow Festival de Relato Fantástico 2008 y finalista de la edición del año siguiente del mismo certamen en la categoría de ciencia-ficción. También ha sido finalista en el Monstruos de la Razón 2009, en la sección de terror. Su trabajo *La ciudad de los monstruos* obtuvo un premio finalista, accésit y mención especial en el I Premio de Novela Corta Katharsis 2008.

Ha participado en diversas antologías, entre ellas varias relacionadas con la web H-Horror, así como en *Su universo a través* (DH) y *Crónicas de la Marca del Este* vols. 1 y 2 (Holocubierta). Su novela *La Sombra de la Luna* se ofrece gratis desde la plataforma solidaria de Save the Children «1libro1euro». El espíritu del lince (Ediciones Pàmies, 2012), ambientada en la cultura íbera y la invasión cartaginesa del siglo III a. C., es su primera novela publicada.

Elena Montagud (1986, Valencia). Filóloga, comenzó su andadura literaria desde muy niña, participando en concursos del colegio y del instituto. Fue hace unos tres años cuando decidió darse a conocer un poco más. Quedó seleccionada en el concurso de microrrelatos REC2 y, a partir de entonces, ha ganado diversos concursos y ha participado en numerosas antologías, casi todas ellas de temática de terror. Su segundo reconocimiento vino con «El juego de la peste», un relato seleccionado en la antología *Calabazas en el Trastero*. Tras ello,

salieron a la luz «El ángel mudo» –Calabazas en el Trastero–; «La cabaña del lago» –Errores de percepción, DH Ediciones–; «El mejor padre del mundo» – en la antología *Horror Hispano*–, etc. También ha formado parte de antologías de Dolmen Books –*Antología Z*– y de Holocubierta Ediciones –*Crónicas de la Marca del Este*–, además de quedar seleccionada en otros concursos más, como el *Ovelles Eléctriques* o el convocado por la editorial *Círculo Rojo*, y que en breve sacará a la luz el libro en papel. Pronto se publicará también su relato «Una parca labor» en *Legendarium*.

Asimismo, ha trabajado de lectora cero y correctora para la editorial Dolmen. Es reseñadora y realiza entrevistas en portales literarios como *La biblioteca imaginaria*, *Cultura Hache* y *Opinión de Libros*.

Luisa Fernández (Madrid). Sus obras han conseguido diferentes premios y menciones en certámenes como Briareo 2006; *El tren y el Viaje*, Renfe 2008; *Ciudad Getafe* 2009 (Semana Negra); *Ser Madrid Sur* 2009, Cadena Ser; *María Moliner* 2010 y *Domingo Santos* 2011, entre otros. Ha publicado en revistas como *Al Otro Lado del Espejo*, *Miradas de igualdad* y *Groenlandia*, y ha participado en las antologías *Más cuentos para Sonreír* (Editorial Hipálage 2009); *Lo que habita en el Cristal* (Groenlandia y Cinosargo Ediciones, 2010); *Crónicas de la Marca del Este. Vol. II* (Holocubierta Ediciones, 2011); *Antología Z. Vol. 6, Todos los Santos* (Dolmen Editorial 2012) y *Legendarium III* (Ediciones Nowtilus 2012). ZW Agencia Literaria ha adquirido los derechos de representación de su novela *La piel del invierno*.